



### CAPITULO XIII.

Eleccion de Vice Gran Maestre; este, en union de los Hospitalarios, fué en auxilio del principe de Antioquia atacado por los Turcomanos.—Reñida batalla en la cual sucumbe el Gran Maestre del Hospital, y en su consecuencia derrotado el ejército cristiano.—Carta del clero oriental explicando los desastres de la Palestina, la cual fué leida por el obispo de Baruth en el Concilio general de Lyon.—Se predica la séptima cruzada.—Gestiones para alcanzar la libertad de los Templarios cautivos: inutilidad de ellas.—Donaciones.

**A** consecuencia de hallarse la Orden sin su Gran Maestre, ignorándose si habia muerto en la batalla ó si habia sido hecho prisionero se reunió el capítulo general, y nombró interinamente para gobernar la Orden, á Fr. Guillermo de Roquefort caballero inteligente, y de méritos que le hacian digno para el desempeño del alto cargo que se le confiaba.

En este intervalo de tantas desgracias, al principe de Antioquia le fué improvisadamente atacado su territorio por una invasion de turcomanos Selqucides, y en este conflicto, pidió auxilio á las órdenes militares, que, aunque sobradamente debilitadas por las recientes pérdidas, no obstante eran siempre el asilo ordinario de los cristianos latinos. En efecto, no acudió en vano el Principe de Antioquia á dichas órdenes, pues al momento el Gran Maestre del Hospital Fr. Bertran de Comps y el vice Maestre del Temple Fr. Guillermo de Roquefort, montaron á caballo, con los caballe-

ros que fué posible reunir, así como los *Servants* y tropas á sueldo, marcharon al encuentro del enemigo para detenerlo en su invasión. Reunidas las fuerzas de las órdenes con las del príncipe de Antioquia, se dirigieron donde se hallaba el grueso del ejército Turcoman y al encontrarse frente á frente los dos ejércitos, se inició el combate con grande animosidad. La lucha fué ruda, sangrienta, espantosa, todos combatían con parecido valor, pero el excesivo número de los turcumanes balanceaba los efectos ordinarios de la intrepidez de todos los caballeros, indistintamente Hospitalarios y Templarios. Los jefes superiores de las órdenes se multiplicaban, animando á sus respectivos súbditos y tropas, avanzaban y descargaban por doquiera golpes tremendos; sin embargo, el Turcoman no retrocedía, entonces el Gran Maestre del Hospital, irritado de una resistencia á que no estaba acostumbrado, puesto á la cabeza de sus caballeros, se arrojó en medio de los escuadrones enemigos, y, arrollándolos, puso en fuga á una parte de ellos, pero desgraciadamente en semejante arrojó, recibió tales heridas, que cayó sin vida en medio de la refriega. El Turcoman rehecho de aquel empuje, redobló su ataque, obligando al resto del ejército cristiano á emprender la retirada en desorden, experimentando grandes pérdidas, quedando el campo por el enemigo victorioso.

La noticia de este descalabro, y de los anteriores desastres, llegó muy pronto á Europa, la cual llenó de tristeza y de dolor á todos los fieles; publicáronse entonces tres relaciones de los tristes acontecimientos de la Palestina; una por parte del emperador Federico, otra firmada por el clero oriental, y la última enviada por Fr. Guillermo de Chateaufort preceptor del Hospital.

La más verídica y fiel, y que fué suscrita por el maestre interino del Temple, es la del clero, la cual fué presentada y leída en el Concilio general de Lyon, como veremos luego.

En la relación de los Hospitalarios, Chateaufort confiesa sin rodeos, que la demasiada repugnancia que se tuvo á firmar la alianza con el Sultan de Damasco contra el del Cairo, fué la causa de tantos desastres, y desolación que experimentaron los cristianos.

El emperador enemigo jurado del Temple, al verse engañado por los egipcios, temiendo que se le culpase de haber dejado á Jerusalén y á toda la ciudad sin defensa, en su relación procuró echar la responsabilidad sobre el Patriarca y Templarios, de todos los males que los corasminos causaron á la religión, y en su carta dirigida á su cuñado el conde de Cornouailles le decía. «Yo deploro esta desdichada jornada, pero la culpa la tienen los Templarios, los cuales después de haber roto la tregua que yo había hecho, de acuerdo con los Hospitalarios, con el sultan de Egipto, se han fiado con demasiada fé en los socorros y promesas de los sultanes de Damasco y de Karak» (1).

(1) Epist. Federici Imp. de depopulatione Terre Sancte, Mat. de Paris 1214, pag. 19.

«Además, añadía, hemos sabido por personas dignas de crédito, que los dichos caballeros han admitido dentro de sus casas y conventos, á los sultanes con todo su acompañamiento, y que no solamente les han obsequiado espléndida y fastuosamente, sino que les han permitido practicar sus supersticiones y muchos otros excesos». (1)

¿Qué personas serían estas tan dignas de fe, que informaron al emperador, del agasajo y fastuoso recibimiento hecho por los Templarios á los sultanes, y permitirles ó tolerar que en sus casas practicasen sus supersticiones y cometiesen excesos? cuando es cierto que los sultanes aliados, no se reunieron con los cristianos sino después de esperarles mucho tiempo en las llanuras de Tolemaida, y que incontinenti de su llegada marcharon contra los corasminos, por lo que puede considerarse, no habría tiempo para divertirse y entregarse á la disolución en las casas del Temple, y aun concediendo que los Templarios por galantería les hubiesen recibido en alguna de ellas, ¿podría acusárseles de crimen? Si por necesidad, comunicaron los Templarios con demasiada familiaridad con los musulmanes, mucho más reprochable fué la que medió entre el emperador y el Sultan Meledin, regalándose mutuamente; á este mismo Federico, que arrojó cruelmente á los cristianos de la ciudad de Nocera, para darla á los sarracenos, á ese emperador, que se decía cristiano, y admitía en su palacio á las damas turcas, elevando á sus esposos á la magistratura y altos destinos del imperio, valiéndose de dichas damas, para hacer la guerra más injusta al jefe supremo de la Iglesia Romana.

Este mismo emperador, tantas veces perjuro y escomulgado, en este mismo año, aparentó querer reconciliarse con la Santa Sede, á la cual había desobedecido y hecho la guerra más indigna que puede imaginarse, y para hacer creer que su arrepentimiento era sincero, juró públicamente dar toda satisfacción al Sumo Pontífice, pero cuando se trató de su ejecución, que sus embajadores habían prometido en su real nombre, se burló descaradamente de los enviados del Papa, sobre todo de Fr. Bonvecino, Templario, que era uno de los enviados pontificios.

Llegó á tanto la venganza de Federico, que corrió muy válida la voz, de que quería atentar á la vida del Pontífice, y cierto sería el rumor, por cuanto el Pontífice tomó el camino de Génova, acompañado solamente de tres sobrinos, de dos capellanes y dos camareros, que eran Fr. Bonvecino Templario, y de un Hospitalario genovés. Desde Génova pasó á Lyon, de Francia, en donde para remediar las grandes desgracias de la Tierra Santa, convocó un concilio general, en el cual se deliberó predicar una nueva cruzada que fué la

(1) Epist. Guill. á Castronovo, pag. 121.

## SÉPTIMA CRUZADA.

El Papa Inocencio IV, compadecido de las aficciones en que se hallaban sumidos los cristianos de la Palestina, á consecuencia de los desastres experimentados para socorrer á sus amados hijos, consideró el medio más eficaz y oportuno, para lograr sus piadosos deseos, la convocacion de un concilio general. A este efecto, espidió la Bula, señalando el 28 de junio de 1245, para la celebracion de la apertura del Concilio, el cual tuvo lugar en dicho día, vigilia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Asistieron además del Sumo Pontífice y Cardenales, los Patriarcas latinos de Constantinopla y de Antioquía y el de Aquileya, y unos 140 entre Arzobispos y Obispos de Italia, Francia, España é Inglaterra. El estado de desolacion en que se encontraban las iglesias de Grecia, de Siria y todas las del Norte, impidió que asistiesen sus prelados: solamente pudo asistir el Obispo de Beruth. Tambien asistieron los Superiores Generales de las Órdenes religiosas de Santo Domingo y de San Francisco, algunos príncipes seculares, además Balduino emperador de Constantinopla, Berenguer conde de Provenza, Raimundo conde de Tolosa, los embajadores de Federico emperador de Alemania, los de los reyes de Francia, Inglaterra y España.

En este concilio se tuvieron tres sesiones la primera el 28 de junio; la segunda el 5 de julio; y la última el 17 del mismo mes. Para la solemne apertura del Concilio, el Soberano Pontífice Inocencio IV que presidió la asamblea, pronunció un elocuente discurso tomando por texto las palabras del profeta rey. «Habeis proporcionado la grandeza de vuestros consuelos á la multitud de mis dolores.»

Ó segun el escritor inglés Mateo de París, este otro texto de Jeremias. «¡Oh! vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved si hay dolor semejante á mi dolor.»

Y en realidad eran grandes las aficciones que experimentaba el soberano Pontífice, causadas por la persecucion inhumana y cruel del emperador de Alemania Federico II, por la arrogancia de los Sarracenos, por el cisma pertinaz de los griegos, por la crueldad de los tártaros y por las desgracias de la Palestina.

Concluido el discurso del Santo Padre, para que los Padres del Concilio tuvieran una detallada y minuciosa noticia de los acontecimientos calamitosos de la Tierra Santa, se autorizó á Galceran, Obispo de Beruth, para que leyese la carta cuyo portador habia sido en la que se detallaban las derrotas y pérdidas sufridas por los cristianos, y por consiguiente, las victorias y triunfos de los Corasminos, cuya carta estaba rubricada ade-

más del Patriarca de Jerusalem por los Obispos, Maestre interino del Temple y clero Oriental, que contenia la relacion de los desastres experimentados en Tierra Santa, y estaba concebida en estos términos.

«Los tártaros después de haber devastado la Persia han vuelto sus armas contra los Corasminos, arrojándolos de su país. Dichos bárbaros no hallando otra retirada más fija ni más segura han suplicado inútilmente á diferentes príncipes sarracenos que les concediesen algun territorio para habitar; pero como son de tal crueldad que ni los mismos que se les asemejan, han querido soportarles ni concedido su retirada, solamente el sultan de Egipto les ha invitado á entrar en la Palestina, prometiéndoles además sostenerles con el auxilio de sus armas. En efecto, ellos han invadido el país con un poderoso ejército, casi todo compuesto de caballería, llevando sus mujeres é hijos: esta invasion se ha hecho tan repentina que nadie podia preveerla ni oponerse, y han devastado sin resistencia todo el territorio desde Toron de los Caballeros hasta Gaza. Con una irrupcion tan sorprendente, no quedaba otro medio que oponer bárbaros contra bárbaros, y de acuerdo de las tres Órdenes y nobleza del país, se resolvió llamar á nuestro ausilio á los príncipes de Damasco y de la Chammelle, nuestros aliados, y enemigos particulares de los corasminos. Pero como este socorro era lejano y el peligro inminente, Jerusalem sin murallas y sin fortificaciones, más de 6,000 habitantes salieron buscando fuera de ella un asilo en otras playas cristianas, no quedando en la capital sino un pequeño número de cristianos.

Los que habian abandonado á Jerusalem, tomaron el camino de las montañas, creyendo estar más seguros ó á lo menos tanto como los Mahometanos sujetos al Sultan de Karak, con el cual tenemos tregua, pero estos montañeses, violando la fe del tratado, se arrojaban contra los fugitivos, asesinando una parte, aprisionando y vendiendo como esclavos á la otra; y los que desgraciadamente bajaron al llano, fueron pasados á cuchillo por los corasminos, de suerte que de todo ese pueblo apenas se libraron 300.

En fin, los Corasminos entraron en la ciudad Santa de Jerusalem, y como habia quedado en ella poco pueblo de cristianos, á saber: viejos, mujeres y niños, se refugiaron en la iglesia del Santo Sepulcro y fueron asesinados dentro de este Lugar Santo, cortando la cabeza á los sacerdotes que entonces celebraban los augustos misterios, y con burla satánica se decian los unos á los otros, «*derramemos aqui la sangre de los cristianos, en el mismo lugar en que ellos ofrecen vino á su Dios que dicen haber sido crucificado*» y arrebatando en seguida los ornamentos del Santo Sepulcro, profanaron la Iglesia del Calvario, saqueando el panteon de los reyes de Jerusalem aventando sus cenizas.

Las iglesias del Monte Sion, del Templo y valle de Josafat donde se

conserva el sepulcro de la Santísima Virgen, no han sido menos respetadas, cometiendo en la Iglesia de Belen abominaciones que no es posible relatar, llevando la impiedad hasta más allá que jamás han ejecutado los sarracenos, los cuales al menos han conservado siempre algún respeto por los Santos Lugares.

Las Órdenes militares y los señores del país, sostenidos con el socorro de los príncipes aliados, marcharon directamente al encuentro de los bárbaros: avanzaron siguiendo la orilla del mar encontrándolos en Gaza. Trabóse la batalla la vigilia de San Lucas; los sarracenos que estaban en nuestro ejército tomaron la fuga, de manera que dejando solos á los cristianos, contra los corasminos y babilonios, fueron abrumados por la muchedumbre del enemigo.

De las Órdenes militares no se salvaron sino 33 Templarios 26 Hospitalarios y 3 Teutónicos, la mayor parte de la nobleza del país ó ha perecido en la batalla ó quedado prisionera.

Hallándose en este extremo, hemos implorado el auxilio del rey de Chipre y del príncipe de Antioquia; pero ignoramos lo que podrán hacer por nosotros, y lo que debemos esperar, y por más que sea grande nuestra pérdida, aun tememos más el porvenir.

Los Hospitalarios se hallan sitiados por los sarracenos en la fortaleza de Ascalon, la Tierra Santa se halla destituida de todo socorro humano, los corasminos por su parte se hallan acampados en las llanuras á dos millas de Tolemaida, y devastan todo el país hasta Nazaret, de suerte que si no somos socorridos por el mes de marzo, la Tierra Santa está absolutamente perdida y nos veremos forzados á encerrarnos en algunos castillos que nos quedan, y que los Templarios y Hospitalarios se han encargado de defender.»

La lectura de esta carta arrancó lágrimas á toda la asamblea (1).

Las dos primeras sesiones se dedicaron á las desavenencias del Papa con el emperador Federico, al final de la segunda los embajadores de dicho emperador, de Francia é Inglaterra pidieron que la tercera sesión se prorrogase, y se concedió un plazo de 12 días, lo que disgustó sobremedida á muchos prelados por los gastos que les acarrearán, pero en particular á los Templarios y Hospitalarios, que, con tropas á su sueldo estaban encargados de la guardia del Concilio y del Papa, y seguridad de la ciudad.

En la tercera sesión los Padres del concilio resolvieron se predicase la Cruzada en toda la Cristiandad; que los que hubiesen tomado la cruz, y los que la tomasen en seguida se dispusieran á marchar hácia el parage que se señalase, para recibir la bendición del Papa, que habría una tre-

(1) Baluzio Miscell, tom. 6 pág. 361, 364.

gua de 4 años entre los príncipes cristianos que se hallasen en guerra, que durante este tiempo no hubiese torneos, fiestas, ni regocijos públicos, que se exhortase á los fieles á contribuir con limosnas, que los eclesiásticos cederían la vigésima parte de sus rentas, y los Cardenales y Prelados la décima por tres años consecutivos (1).

El final del Concilio fué imponente; el papa Inocencio IV pronunció la sentencia de deposición del emperador de Alemania Federico II, en presencia de todos los Prelados que contestaron *anathema sit*, apagando las velas con la llama hácia abajo. Para complimentar las órdenes del Concilio, muchos eclesiásticos y barones franceses se cruzaron, pero nadie excedió en celo y devoción á Luis IX, rey de Francia, conocido despues bajo el nombre glorioso de S. Luis. El Papa tenía en tan alto concepto á este príncipe, que decía á la nobleza de dicho Reino: «Nuestro Señor parece haber escogido entre los otros príncipes del mundo, para el rescate de la Tierra Santa, á nuestro muy amado hijo el rey de Francia, quien además de las virtudes que le distinguen tan ventajosamente de los otros Soberanos, gobierna una nación poderosa y guerrera.»

Este rey, pues, para socorrer á los cristianos de Oriente, al saber las victorias de los Corasminos, hizo voto de pasar personalmente á la Palestina, y mientras preparaba su expedición, envió un cuerpo de tropas y dinero á las órdenes de los caballeros del Temple y del Hospital. Estas dos religiones habían comunicado á los Preceptores y Comendadores residentes en todos los estados de Europa que mandaran inmediatamente á Palestina todos los nuevos caballeros que hubiesen ingresado en la Orden respectiva, que hicieran levas á sueldo, y enviasen todo el dinero que se hallase en las cajas de los Prioratos y Encomiendas, para acudir á las urgentes y apremiantes necesidades en que se hallaba la Tierra Santa, y los jefes superiores de las dos Órdenes, para aplacar la cólera del cielo, y atraer la bendición de Dios sobre las armas cristianas decretaron que en todas las casas de las dos Órdenes se hicieran ayunos extraordinarios, además de los prescritos por la regla, y oraciones continuas (2).

Los caballeros de Occidente, además de las sumas que llevaron de sus prioratos y limosnas de los fieles, reunieron el dinero que dió san Luis y 1,000 libras de Ricardo Conde de Cornouailles.

1246. Tanto los Hospitalarios como los Templarios sentían en el alma que muchos de sus cohermanos y algunos superiores estuvieran en el Cairo cargados de cadenas, y tratando de sacarles de su esclavitud el nuevo Gran Maestre del Hospital Fr. Pedro de Villabride, y el Maestre interino del Temple acordaron enviar al Sultán Malec Ayub algunos de sus ca-

(1) Mat. de Paris, año 1244.

(2) Mat. de Paris.